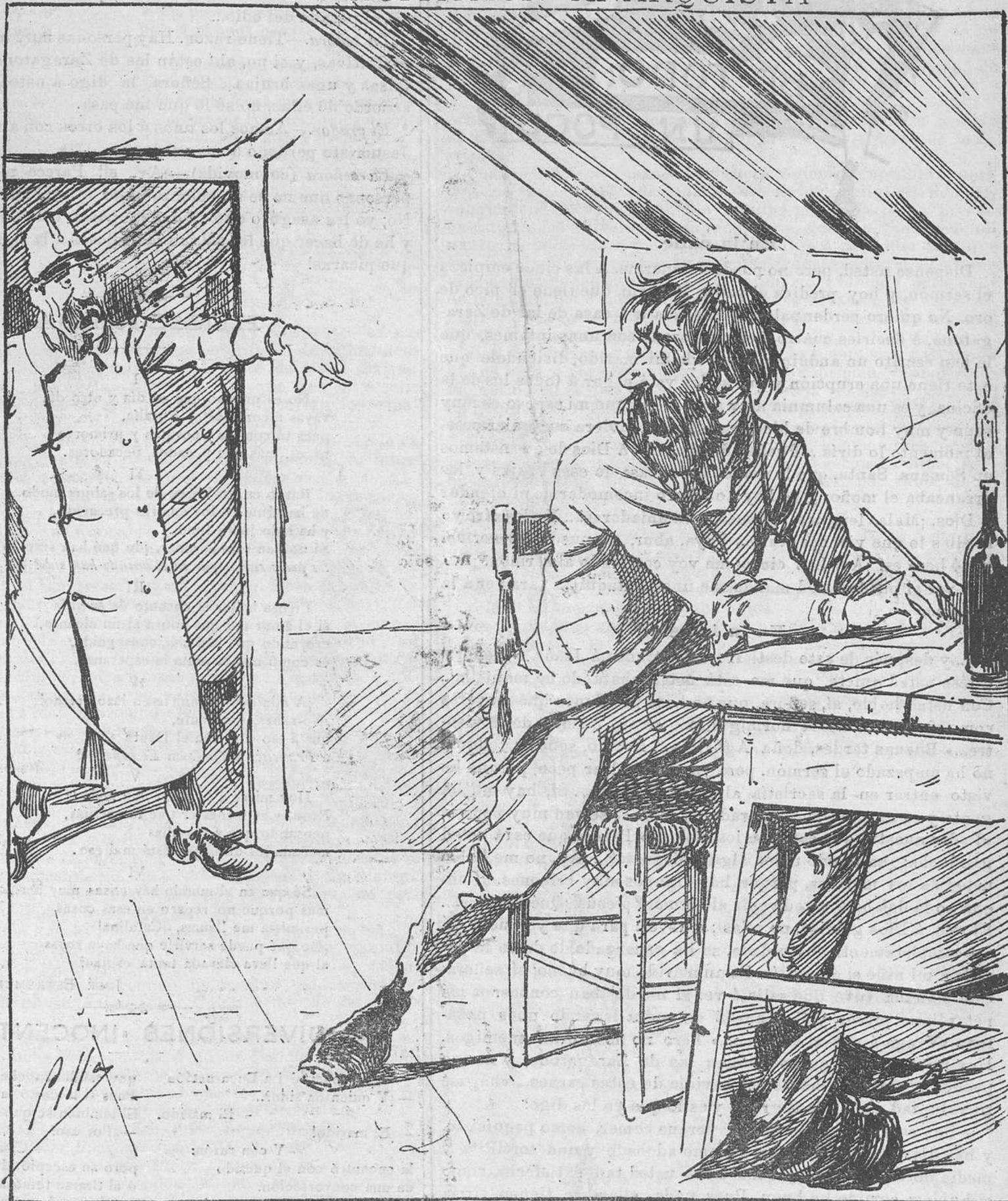


Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

LA AGITACIÓN ANARQUISTA



—¡Alto! ¿Qué está usted preparando para el 1.º de Mayo?

—¿Yo? Un soneto dedicado á las víctimas del día siguiente.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Humoradas, por José Estremera.—Diversiones «inocentas», por Eduardo de Palacio.—Párrafo, por Clarín.—El hombre metódico, por Juan Pérez Zúñiga.—Cuento, por Sinesio Delgado.—El naturalismo en el teatro, por Francisco Flores García.—La noria, por Enrique Jiménez de Quirós.—¡Oh, la pasión!, por Antonio Liminiana.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La agitación anarquista.—La Pascua.—Anuncios, por Cilla.



En la calle.

Dispense usted, pero no puedo detenerme. Á las cinco empieza el sermón, y hoy predica el padre Macario, que tiene el pico de oro. No quiero perder palabra. Pensaba ir á casa de las de Zaragatona, á decirles cuatro frescas, porque son unas infames, que le han escrito un anónimo al jefe de mi marido, diciéndole que éste tiene una erupción y que se les va á pegar á todos los de la oficina. y es una calumnia muy grande, porque mi esposo es muy sano y muy hombre de bien, y el día que tuviera cualquier cosa, al momento lo diría... Pueden dar gracias á Dios de que estemos en Semana Santa, que lo demás iba á casa de esas brujas y les arrancaba el moño; pero hoy no quiero incomodarme ni ofender á Dios. ¡Malas lenguas, infames, calumniadoras!... Ya les diré yo á ellas lo que viene al caso... Vaya, abur, no puedo detenerme. ¿Qué hora es? ¡Ay! Las cinco; me voy corriendo al sermón. ¡Ah! Y á ver si puede usted mandarme unas butaquitas para ver á la Tubau...

En la iglesia.

«...y después de este destierro, muéstranos á Jesús...» Señora, estése usted quieta, que me está usted chafando la mantilla... Con usted hablo, sí, señora, que no hace usted más que moverse como si tuviera usted hormiguillo... «fruto bendito de tu vientre...» Buenas tardes, doña Agustina... No; no, señora; todavía no ha empezado el sermón, pero ya debe faltar poco, porque he visto entrar en la sacristía al padre Macario... Sí, hay mucha gente y es natural, porque oradores como él se ven muy pocos... «Padre nuestro que estás en los cielos...» Parece que está usted paliducha; ¿ha tenido usted algún disgusto?... ¡Ay, no me hable usted de los maridos, porque hay algunos muy bribones. ¿Conque no la dejaba á usted venir al sermón? ¡Jesús! ¡Qué hombre!... El mío, á Dios gracias, no es así; al revés: para que yo pueda estar completamente descuidada, se ha encargado de darle la papilla á mi niño el chiquitín. Es un marido muy bueno; sí, señora; esta mañana tuve que salir á ver si me dejaban conocer á los petardistas presos, y él se quedó en casita lavando unos pañales... «Venga á nos el tu reino...» Pero no nos faltan enemigos. Hay unas pícaras que se llaman las de Zaragatona, y no me pueden ver porque me tienen envidia de estas carnes... «hágase tu voluntad, así en la tierra...» y es lo que yo las digo:

—Son cosas que da el Señor, porque comer, como poquísimo, y hay días que con un poco de lomo adobado y una tortillita y media docena de naranjas me tiene usted tan satisfecha como si hubiera comido un buey. Pues nada, ellas me tienen tirria porque parecen dos limpiatubos, y ahora han hecho correr la voz de que mi esposo es herpético. ¡Herpético un hombre que está respirando salud y no ha tenido más que un grano en toda su vida, y fué que se rascó, estando en San Isidro!... «Dios te salve, María, llena eres de gracia...» Ellas sí que están tísicas, y no hay más que verlas, sobre todo á la mayor, que adereza la ensalada con aceite de hígado de bacalao. Yo tengo que respe-

tar la santidad de estos días, que lo demás, me iba á su casa y ¡pobres de ellas! No me gusta hablar mal de nadie; pero ellas tenían un teniente coronel en el gabinete que no hacía más que dormir, porque comer, comía en el Círculo militar, y les pagaba diez reales por una alcoba pequeña, y además, siempre les estaba haciendo obsequios; en cuanto se le ponía viejo un pantalón, se lo regalaba á la madre para que se hiciese un gabancito corto. Ya ve usted que esto algo quiere decir. En fin, no me gusta murmurar, pero aquel teniente coronel... «el Señor es contigo y bendita tú eres...» ¿Qué? ¿Ya está en el púlpito el padre Macario?... Sí; ya va á empezar... «y bendito sea el fruto de tu vientre...»

El orador.—Amados oyentes míos...

La señora.—¡Qué pico el de este hombre!

El orador.—Sed todos hermanos; que no turbe vuestra conciencia el pecado del odio...

La señora.—Tiene razón. Hay personas muy malas y muy poco caritativas, y si no, ahí están las de Zaragatona, que son unas falsas y unas brujas... Señora, la digo á usted que cuando me acuerdo de ellas, no sé lo que me pasa.

El orador.—Amaos los unos á los otros con amor de hermanos. Jesucristo perdonó á sus verdugos.

La señora (conmovida).—¡Ay, sí! Parece mentira que haya personas que no se arrepientan; por ejemplo, las de Zaragatona. No; yo les aseguro que en cuanto pasen estos días me van á oír, y he de hacer que les salgan los colores á la cara. ¡Pícaras, más que pícaras!

LUIS TABOADA.

HUMORADAS

I

No es preciso que un día y otro día
vayas á confesarte, Rosalía,
pues tú con tus encantos y primores
haces, más que pecados, pecadores.

II

Busco en los libros de los sabios modo
de hacerme en los amores precavido,
y ha sido inútil todo...
Si no han sabido amar, ¿de qué han servido
los pocos sabios que en el mundo han sido?

III

Piensa hallar el encanto de su vida
si el amor del que adora al fin alcanza,
creyendo que la dicha, conseguida,
es como nos la pinta la esperanza.

IV

¡A ella quieres unirte en lazo eterno!
¿No sabes, ignorante,
que á eso condena el Dante
á Francesca y Paolo en *El Infierno*?

V

Hoy miras á tu amor con embeleso,
Rosa, y es menester que te corrijas,
pensando que á tus hijas
mañana les dirás que está mal eso.

VI

Sé que en el mundo hay cosas muy hermosas,
mas porque no reparo en esas cosas
pesimista me llamas, ¡Catalina!
¿De qué puede servirle que haya rosas
al que lleva clavada tanta espina?

JOSÉ ESTREMERÁ.

DIVERSIONES «INOCENTAS»

—¿La muerta? La Encarnación que estaba anoche de turno.
—¿Y quién ha sido?... —El marido. Pues si la cortó la nuez...
—¡El marido! —El marido. El también se quiso dar.
—Y con razón: —Claro, por eso; pero se escupió al pinchar, ó al tirarse tomó hueso y no se pudo matar.
—Muchacho, en un caso así, por muy panoli que sea, coge el hombre á la gachi... —¿Y el amigo?
—El más manso se mosquea, y se arranca y da de sí. —Echó á correr.
—¿Y la mató? —¿De veras?
—De una vez; quedó muerta alto coturno, antes de llegar el juez. —Salió najando y abandonó á la mujer: lo que hacemos tú y yo cuando sale un toro con poder.

En la acera de una calle,
no de las más *transitorias*,
como dice, según cuentan,
un concejal que esté en gloria,
como una estatua yacente,
también cubierta con lona,
se ve ó mejor se adivina
el cadáver de una gorda,
y á dos pasos una perra
litografiada en la losa.
Uno de los varios guardias
que á las difuntas custodian,
del municipio ó del orden,
vigilancia, vía y obras,
explica á la muchedumbre
que en su alrededor se agolpa,
y á modo de *cicerone*,
la ocurrencia dolorosa.
—Esa señora vivía
hace meses con la otra,
en un piso sotabanco,
enteramente dichosas.
Parece que esta mañana,
regando una *marimoña*,
que, entre otras varias macetas,
cultivaba esta señora,
por estirar demasiado,
se vino á la calle sola.
Y la perra, que la *vido*,

porque es perra, según consta,
se arrojó detrás del ama
y se quedó hecha una torta.
Modelo que bien pudieran
imitar muchas personas.
Pero no venirse encima,
que yo contaré la historia
en tanto que se las llevan
al depósito de Atocha.

—Quítele usted el bozal.

—Si se le quito,

tu perro escapa mal.

—Tampoco; eso es *jindama*.

—Sí, es *jindama*,

afirma el elemento popular.

—Ea, pues se acabó, que te le mate,
pero á mí no te quejes.

—¿Es verdad?

Todo esto ocurre en medio de la vía:
azuca á cada perro cada cual,
y el pueblo forma círculo, esperando
un drama con la muerte de algún can.
Peleando, atropellan á una anciana,
derriban á tres niños... ¡Voto val!
¡Lapareja del orden!... No hay cuidado,
no quieren perturbar.
Acudirá á la lucha, pero como
jefes del *handicap*.

EDUARDO DE PALACIO.

PALIQUE

D. Juan Valera ha escrito un artículo muy elocuente—es natural—en la revista consagrada al centenario del descubrimiento de América. El insigne literato (¡qué gusto da decir *insigne*, de veras!) se queja por adelantado de lo mal que nos va á salir la fiesta, de la indiferencia con que en general miran los españoles el solemne acontecimiento que se prepara.

En efecto, todo lo que va á hacer España por el Centenario va á ser... una *plancha*, donde se pueda grabar la memoria de nuestra vergüenza en tan interesante momento histórico.

Pero el Sr. Valera se inclina á echarles la culpa á los *cosmopolitas*, á los que están hartos de oír hablar de Otumba, y del sol aquel trasnochador que nunca se acostaba, y de San Quintín y Juan de Juanes, y el Escorial y Zurbarán, y... pero ¡redió! ¡si la culpa la tienen Pidal y Nocedal y los *quintanólogos*!... ¿No ve usted á Nocedal en el Congreso? Estamos con el agua al cuello, se trata de reorganizar el ejército para que cueste menos, y D. Ramón nos viene con los tercios de Flandes y la Santa Hermandad, y nos propone la organización mística de la Guardia civil y la restauración de Felipe II y del palacio que había *junto al prado de San Fermín*, con otra porción de cosas dignas de inspirar á Barbieri, no en un discurso, sino en una zarzuela.

Pues ¿y Pidal? Pidal ha hecho aborrecible la casa de Austria, y á los dos Luises; á lo menos Silvela se contentó con explotar á la venerable madre de Agreda; pero D. Alejandro se ha hecho rico y personaje *cantando*... en el Congreso á Pelayo, y á seis ó siete Alfonsos, y á Melchor Cano, y al citado Juan de Juanes, y al monasterio de las Huelgas y la Novísima Recopilación... Y ahora añade usted, D. Juan, que ni Pidal ni Nocedal saben historia, lo que se llama saberla; entre otras razones, porque la verdadera historia de España todavía no está escrita, como el Sr. Valera sabe mejor que yo. Diré, por respeto al Sr. Valera, que está *continuada* (pues él la continuó), pero todavía no está empezada, ni mediada, ni nada de eso.

Esta ignorancia general, é inevitable por ahora, respecto de lo que ocurrió efectivamente en esos siglos pasados, también contribuye á enfriar á la gente, y más cuando algunos críticos de historia *pragmática* aprovechan la ocasión del Centenario para regatearle gloria á Cristóbal Colón y dejarle en paños menores.

El patriotismo *arqueológico* exige, para no ser una *frialdad*, una abstracción, ó mucha fe candorosa, ó mucha ciencia positiva. ¡La historia! ¡Bah! La historia... por de pronto no es lo mismo que los libros de historia, que es lo único que tenemos á la vista. Se lo decía Fausto á Wagner, como recordará el Sr. Valera:

*Mein Freund, die Zeiten der Vergangenheit
Sind uns ein Buch mit sieben Siegeln... etc.*

Lo cual, para que lo entienda Pidal, quiere decir:

«Amigo mío, los tiempos pasados son para nosotros un libro cerrado con siete sellos... Lo que llamáis el espíritu de los tiempos no es más, en el fondo, que el espíritu de esos caballeros (los historiadores), según en él se reflejan los siglos.»

Y esos caballeros todavía no se han puesto de acuerdo respecto del *objetivo* del entusiasmo que se nos pide en esta ocasión.

Además, la historia de España, amén de no estar clara, va ligada casi siempre á la hipérbole, á la *rodomontade*, á la oda hinchada.

Tantas veces hemos parado al sol para que nos vieran combatir, tantas veces hemos hecho de la Providencia una vulgarísima *máquina* de poema épico imitado; de esa manera nos hemos acostumbrado á ver en las *glorias patrias* un motivo para amor-

dazar las ideas nuevas y darse tono unos cuantos, que casi casi hemos llegado á creer algunos que *nuestros mayores* no fueron mayores más que de Pidal y otros pocos que viven y medran de eso, de alabar esas grandezas, que repito que no han estudiado como se debe.

De otro modo, que la historia de España, ó la que haga sus veces, la han *acaparado* los mestizos y los poetas de certamen en astillero; y en cuanto uno se atreviera á dar un poco de bombo á nuestras antiguas instituciones ó al arte español de otros siglos, los maliciosos se pondrían á pensar:—Este quiere un destino en la Tabacalera, ó un distrito en Asturias... ó un *jarrón* de la Infanta Isabel.—Entusiasmarse con el siglo de oro ha llegado á ser indicio de *pidalismo*.

Además, tomando la cosa por otro lado, á unos cuantos españoles nos ha entrado el prurito de no querer ser como Séneca, ni como Lucano, declamadores, hinchados, *resonantes*. Aquí todo poeta patriota es un Derouledé; cosa fea. La crítica, la poesía, la historia, la política patrióticas, *castizas*, han sido en España un perpetuo *boulangierismo*. Hasta para ensalzar las seguidillas manchegas nos subimos á la parra nacional y sacamos el pendón de las Navas.

Pero, en fin, lo peor todavía no es nada de eso.

Si el centenario del descubrimiento de América no se celebra en España como se debe, es por culpa de... los señores de la comisión.

Los señores de la comisión son ahora y siempre los entrometidos, las tarascas de toda función, sea cívica ó religiosa. Son personajes que no pudiendo brillar con luz propia la piden prestada á todos los aniversarios dignos de recordación. Son predominantemente *objetivos*, y agregan su nombre á cualquier cosa que sea sonada. Si son poetas, lo son de circunstancias; si son hombres de acción, se agarran a un centenario ardiendo para salir de la oscuridad é inmortalizarse. Ante la invasión de estos parásitos de la fama, las personas ricas por su casa, de ingenio, de méritos, se retraen.

Si el Sr. Valera es una excepción gloriosa esta vez, y valiendo lo que vale, y por pura abnegación y patriotismo verdadero se ve metido en la que se ve, no por ello deja de ser verdad que, en general, ahora como siempre, los que manejan el cotarro, los que hacen y acontecen son los consabidos señores de la comisión.

Primero los del *balduque*, los de oficina, los hombres oficialmente activos é inteligentes y competentes con nómina. Después los eternos *dilettantis* de la notoriedad por tabla, de la fama en cabeza ajena.

Ejemplos ilustres hay en la historia.

Por mucho tiempo estuvo siendo *inmortal* el Sr. D. Modesto Fernández y González, que ahora se ha retirado á la vida privada.

También el Sr. Lastres figuró mucho *llevando* (y trayendo, es decir, trayendo y llevando) la representación de España en una porción de Congresos internacionales.

He olvidado el nombre de un señor que á fuerza de llamar al vino en griego se hizo una fama de vinatero cosmopolita y se bebió todo el Jerez y todo el Valdepeñas que llevamos á no recuerdo qué exposición universal.

Reciente está el ejemplo de lo sucedido con el pobre Jovellanos.

Nadie más simpático que D. Gaspar.

Pues bien, entre Pidal y Jove y Hevia le hicieron casi aborrecible á todo asturiano bien nacido.

¡Jove y Hevia!

¡Es decir, *mane, thecel, phares!*

¡Jove y Hevia! ¡Ultima ratio *centenariorum!*

Jovellanos fué patriota, sabio, algo poeta, pedagogo, estadista, escritor en prosa de los mejores... mil cosas más.

Pues como si cantara... Se le erige una estatua, se le va á tributar un homenaje, etc., y llega Jove y Hevia con el sombrero de copa alta, blanco y ladeado... y ¡adiós Jovellanos!... *Nocte pluit tota*. Sí...

No hay duda—se aguló la fiesta,

como dicen en *Los mosqueteros grises*.

Porque... ¿quiere saber el Sr. Valera en qué acabará este centenario? En lo mismo que el otro. En un himno de Jove y Hevia.

Que es como sigue, ó por lo menos así empieza:

AL ILUSTRE

PRE TABACALERISTA CRISTÓBAL COLÓN,
PRECURSOR DE LA LENTA PERO CONTINUA APARICIÓN
DE LOS GÉNEROS ESTANCADOS

Himno.

Vítor, vítor, repiten los ecos
del céruleo Oceano y demás;
de los Andes los cóncavos huecos...
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

De Colón, en Piacenza nacido
(aunque en Génova el vulgo creyó),
de ese faro en España encendido
á nosotros la fama llegó.
Y aunque digan Vidait y otros miles
(como Duro y la Pardo Bazán)
que se debe á los frailes sutiles
los laureles que aún verdes están,
rechacemos calumnias tan viles...
¡Rataplán, rataplán, rataplán!

LA PASCUA



¡LO MISMO QUE TODOS LOS AÑOS!

Mientras haya *Joves y Hevías*... habrá poesía, pero no hay centenarios posibles; créame, D. Juan Valera.
Todo ello sin contar con que tampoco hay dinero.

CLARÍN.

EL HOMBRE METÓDICO

Es Antón un sujeto que me ha chocado porque todo lo tiene reglamentado, y aunque esclavo del orden, vive contento sin salirse ni un punto del reglamento. En el cocido come todos los días veinticinco garbanzos y diez judías, y toma de merienda bajo una parra seis centímetros justos de butifarra. Los jueves, á las cinco, monta á caballo. Los viernes, á las doce, le duele un callo. En su patio los martes graniza ó llueve. Los domingos se acuerda, de siete á nueve, de sus difuntos hijos, que ya eran mozos, y á las nueve y cuarenta rompe en sollozos. Goza todos los lunes yendo al teatro, y los miércoles todos, de tres á cuatro, un agudo y molesto dolor le aqueja en la parte sudeste de la molleja. Paz Manrique, su esposa, le sale vana, y el buen hombre, á las ocho de la mañana, le da tres pescozones á Paz Manrique, y los días de fiesta tres y repique. Todo, en suma, lo ordena ni buen amigo. Sólo es desordenado para conmigo, pues le presté cien duros hace seis meses, y hoy, viéndome acosado por los ingleses, le pregunto qué días ha designado para pagar las sumas que le han prestado. ¿Y sabéis lo que dice? Que qué le cuento: que el pagar está fuera de reglamento.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

CUENTO

Salió en Madrid un día de la Semana Santa un gnomo procedente del centro de Alemania, que vino de sus montes por vías subterráneas tras incesante lucha del pico y de la pala. Corrió, casi invisible, las calles y las plazas con inminente riesgo de que alguien le aplastara. Y vió con gran asombro las vías solitarias,

parados los tranvías,
los jacos en las cuadras,
cerrados los comercios,
sin domines las aulas,
sin gente los teatros
y sin vapor las máquinas.
¡La vida de un gran pueblo
dormida y estancada
para que bullan libres
devotos y beatas!
Y el gnomo se decía
rascándose las barbas:
¡Dios mío! ¡Adónde llega
la candidez humana!

SINESIO DELGADO.

EL NATURALISMO EN EL TEATRO

Procura, amado Teótimo, si eres autor dramático, huir del naturalismo como de la *ira mala*.

Que además de los disgustos inherentes á tu profesión, que no son pocos, el naturalismo te proporcionaría derrotas seguras y positivas, apesar de tu reconocido talento, de tu práctica y de tu habilidad, dones y cualidades que posees, por más que digan.

Los que ven los toros desde la barrera y no están expuestos, por consiguiente, á los peligros y azares de una *cogida*, predicán el naturalismo teatral, no sólo como la cosa más natural del mundo, sino también y principalmente como una *necesidad artística* de los tiempos actuales.

Los que á tales predicaciones se consagran de buena fe, confunden la novela con la comedia, y de esa confusión nace su error lamentable: el de comparar la lectura reposada y tranquila (que puede dar ocasión á hondas meditaciones) con la *excitación*, digámoslo así, mediante la cual y por impresión momentánea se ha de juzgar y fallar á un tiempo mismo acerca de los detalles y de la totalidad de una producción, en su doble aspecto de obra literaria y *cuadro vivo*...

En un solo caso puede llevarse el naturalismo al teatro: tomando de la realidad aquellas cosas bellas y agradables que deleiten el ánimo del espectador.

Pero ése no es, ni mucho menos, el naturalismo literario que se predica.

Los pontífices de la escuela lo entienden, precisamente, al revés, y ahí están los libros de Zola que no nos dejarán mentir.

Lo desagradable, lo repugnante, lo perverso de las acciones humanas, son los materiales de que se componen generalmente las obras maestras del naturalismo.

Por eso Zola, que tanto éxito tiene siempre en la novela, fra-

casa constantemente en el teatro, apesar de su inmenso talento y de su genio indiscutible.

Hace algunos años representóse en el Teatro Español una comedia naturalista, cuyo éxito desgraciado es argumento capitalísimo contra la peligrosa teoría que motiva estas consideraciones.

No había en aquella obra nada grosero ni repugnante, y ajustábase en su plan y en su desarrollo á la más severa realidad.

El argumento era por extremo sencillo.

Un joven llega á Madrid á casarse con una prima suya de la cual está perdidamente enamorado, y se aloja en casa de su novia. Poco después de su llegada, el joven contrae una enfermedad contagiosa, y la novia abandona apresuradamente su casa por temor al contagio.

Una joven amiga de aquella familia (Pascuala) se constituye á la cabecera del enfermo y le cuida y le asiste con verdadera abnegación.

Pascuala, sin darse de ello exacta cuenta, se enamora apasionadamente del joven enfermo. Este recobra la salud, y cuando el público cree que el joven va á premiar aquel cariño y aquella abnegación casándose con Pascuala, vuelve la novia á la casa, el galán está más enamorado que nunca de su prima y se casa con ella...

Al llegar á ese desenlace lógico, naturalísimo y en el cual demostraba el autor tener un conocimiento perfecto del corazón humano, el público se indignó, se puso furioso y gritó espantosamente la comedia.

«Se adora porque se adora,
pero no por gratitud.»

ha dicho el poeta.

Aquel amante era un amante de verdad.

El desenlace de la obra no podía ser tampoco más verdadero. La comedia estaba bien concebida, admirablemente pensada y escrita con brillantez.

Los personajes eran de carne y hueso. El carácter de Pascuala era tan completo y tenía trazos tan firmes que el público se identificó con él desde los primeros momentos. Tanto se identificó, que vengó *severamente* la injusticia cometida con la pobre muchacha.

¿Cómo y por qué fracasó una comedia tan bien escrita y tan bien pensada, tan humana y tan real?

Por eso mismo, por ser tan real.

El público y el autor tenían razón.

Sólo que el autor debió *hacer* una novela con los materiales de aquella comedia.

El público del teatro no se conforma con lo que pasa en el mundo, sino con lo que debe pasar; y en punto á injusticias no transige ni con las de la naturaleza.

Quiere que se realice la justicia en alguna parte, por lo menos en el teatro.

Se habla también mucho de la verdad de los caracteres y de la naturalidad del diálogo.

En el presente momento y por lo que á las obras cómicas se refiere, los caracteres apenas si producen efecto. Hay que entrar de lleno en el tipo y en la *caricatura*, si se persigue, como es justo, el éxito extraordinario.

Tanto se ha forzado la *máquina* en este punto, que muchos autores rebasan (y hacen bien) los límites de la *caricatura*, para pintar la caprichosa *aberración*, y el público toma alguna vez la *aberración* por *originalidad*...

Cuanto al diálogo, el teatro moderno resulta más amanerado y convencional cada día, por exigencias imperiosas de ese mismo público.

Hoy han de ser por fuerza graciosos todos, ó casi todos, los personajes que intervienen en una comedia, y han de estar constantemente diciendo chistes, vengan ó no vengan á cuento, desde que se levanta el telón hasta que cae... si no se quiere que *caiga* la comedia estrepitosamente...

¿Es eso natural? ¿Puede ser verdad?

Ese es, sin embargo, el teatro moderno.

Y se explica lógicamente que así sea, porque el público de nuestros días, cansado y estragado ya, toma el espectáculo teatral como mero divertimento, sin concederle importancia ni finalidad de ninguna clase, fuera de ese pueril desco.

Los apóstoles del naturalismo se persuadirían de esta sencilla verdad si predicaran con el ejemplo.

Porque en el teatro nadie puede, con razón, llamarse á engaño: el resultado es inmediato, tangible y palpable; demasiado *palpable* algunas veces.

Lo *natural*, después de todo, es que el autor procure complacer al público.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

LA NORIA

En un estéril suelo
su dueño puso un día
una sencilla noria que vertía
toda el agua del cielo
que un espacioso aljibe recibía.
Y aquella tierra inculca, á la influencia.

mágica y bienhechora
del aparato que inventó la ciencia,
se convirtió en alegre y productora
como si fuese un huerto de Valencia.

Una tarde, el jumento
que la noria ponía en movimiento,
contemplando la vega, así decía:
— ¡Qué orgulloso me siento
cuando recuerdo que en cercano día
esta huerta feraz, que hoy vale tanto,
entonces parecía
un olvidado y triste camposanto!
Por mí tienen las flores
balsimicos olores,
savia las plantas y las frutas zumo,
y aunque me desespero y me consumo
de girar tantas veces, me desquito
viendo que mi poder es infinito.

Cuando oigo á periodistas de tijera
decir á voz en grito
que ellos ilustran la opinión entera,
pienso en la imprenta, y viene á mi memoria
el estúpido burro de la noria.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS.

¡OH, LA PASIÓN!

Pues señor... y va de cuento)
Bienvenido, un estudiante
sin talento,
antipático y cargante,
enamórese de Lola,
su vecina,
la manola más divina
de entre la gente manola.
Pero Lolita no estaba
dispuesta á prestar oído
al amor que Bienvenido
la juraba.
Y siempre que le decía
Bienvenido alguna cosa,
respondía
entre altiva y desdeñosa:
— Ya le he dicho varias veces
que no lo puedo tragar
y que no quiero escuchar
sus sandeces.
Así pues, haga el favor
de dejarme descansada,
sin hablarme de su amor
ni de nada,
y procure no decirme
chicoles,
porque no tengo deseos
de aburrirme.

Mas la pasión amorosa
del estudiante era inmensa,
y apesar de tanta ofensa
y tanta frase injuriosa,
en su empeño no cejaba,
en su afán no transgía,
y á Lolita profesaba
más cariño cada día.
Por eso, al ver su desgracia,
resolvió pegarse un tiro
á la sombra de una acacia
del Retiro.
Y decidido á dar cuenta
de su vida, se marchó
al Retiro: allí escogió
una acacia *corpulenta*,
y á su sombra
(teniendo por horizonte
un desmonte
y la hierba por alfombra),
después de haber redactado
las cartas correspondientes
á sus padres, sus parientes
y al juzgado,
puso el pensamiento en Lola...
santiguóse... dió un suspiro...
y al fin... no se pegó el tiro,
porque olvidó la pistola.

ANTONIO LIMINIANA.



Leo en una reseña del paradero de las reliquias santas que publica *La Correspondencia*:

«Los clavos.— El primero, según refiere la historia, lo arrojó Santa Elena en el mar Adriático, á fin de calmar las tempestades. El segundo forma parte de la célebre corona de hierro de los antiguos reyes lombardos. Y el tercero se guarda en la iglesia de Nuestra Señora de París.»

¡Nos ha matado usted!
Porque nosotros tenemos otro que creo que se custodia en Palacio. Y no vamos á poder ponernos de acuerdo con la auténtica.

Hoy se inaugura en el círculo *La gran Peña* la exposición *incoherente* de bellas artes, en la que figuran obras notabilísimas en su género. No aconsejo á ustedes que la visiten, porque se van á morir de risa. Nosotros ya nos hemos muerto.

Con motivo de las declaraciones del chispeante Sr. Muñoz, están desfilando por la Cárcel Modelo, custodiados convenientemente, algunas docenas de apreciables sujetos.

Van ustedes á ver cómo resulta que todos somos anarquistas, y que tenemos una bombita *espontánea* en cada bolsillo.

Peinada como una reina,
todas las tardes Anita
se va al bosque en que la cita
el mozo por quien se peina.
En un peinado tan majo
pasa las horas de Dios,
y ya en el bosque los dos...
¡qué lástima de trabajo!

Cuando vas y del cura
la mano besas,
él murmura entre dientes:
— ¡Algo se pesca!

Libros:

Bocetos de la inundación (de Sevilla), por D. Eugenio Sedano y González, que revela en ellos ser un buen estilista. Precio, 50 céntimos.

Multicolores, colección de lindísimos artículos de costumbres de D. Ramón A. Urbano, que deben leer todas las personas de buen gusto. Precio, 2 pesetas.

Corte y cortijo, juguete cómico lírico en un acto y en verso, letra de don Eduardo Villegas, música del maestro Valverde (hijo), estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Eslava.

Nebulosas, poesías de D. Vicente Luque Gutiérrez, que demuestra en ellas gran brillantez de estilo y profundo conocimiento del arte. Málaga. Una peseta.

Cuentos del vivac, bocetos militares por D. Federico Urrechá. La biblioteca que, con exquisito gusto, está formando el editor D. Manuel Fernández Lasanta se ha enriquecido con esta colección de artículos del distinguido redactor de *El Imparcial*, ilustrada profusamente por Pons. Es un libro que se venderá mucho seguramente. Cuesta 3,50 pesetas.

Amapolas y cintarazos, por D. Vicente Sanchis (Miss-Teriosa), con un prólogo de M. del Palacio. Toda la prensa ha hecho grandes y merecidos elogios de este libro, que viene á consolidar la reputación de su autor. Precio, 3 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un cateto.—Poniendo á eso música buena resultaría en una zarzuela extraordinariamente. Pero sin música...

Cas. K. ras.—¡Hombre! En unos días tan sagrados como éstos pretender hacer pasar por consonantes *inocente* y *temple*... ¡merece las penas del infierno!

Dos doctores en teología.—Tienen ustedes muchísima gracia. Vengan cositas de esas todas las semanas y, ya que no puedan publicarse, pasaremos un buen rato... y algo se pesca.

Mollete.—La forma está bien. ¡Caramba! ha adelantado usted mucho. El asunto es el que no me gusta.

Sr. D. J. V.—Valladolid.—Ahora está bien; se publicará el *Lagarto*.

Un incubo.—¿Conque son los primeros versos que ha hecho usted en su vida? ¡Ah, pícaro! ¡Y me los ha enviado hace mucho tiempo otro pájaro de cuenta! Ó el mismo pájaro de ahora, si á mano viene.

Sr. D. R. B. R.—Madrid.—¡Por Dios! no hagamos nada maldiciendo á los vecinos que molestan, porque bastante les han dicho nuestros antepasados.

Sr. D. A. F.—Madrid.—No, no sirve, porque tiene tan poco de particular, que puede decirse que no tiene nada absolutamente.

Sr. D. P. B.—¿Por si cueña lo manda?

¡Voto á mi abuela
que lo siento bastante,
pero no cueña!

La sombra de Qrozzo.—Padece usted algunos descuidos lamentables. Por ejemplo, el verso:

«ya creó que tu rencor habrá cesado»

no es tan endecasílabo como parece.

Bayenato.—Vea usted un soneto que no estaría mal en un abanico ó en un álbum, porque no lo debe leer nadie más que *ella*.

Maruso.—«Yo llamo plato del día
á cierto joven precoz
que desde que sale el sol
allá por la celeste umbría...»

¡Caramba! ¿Dónde vamos á parar por ese camino?

Morathn.—¡Gracioso!

Josué.—Poquita cosa.

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.

Libertad, 15 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

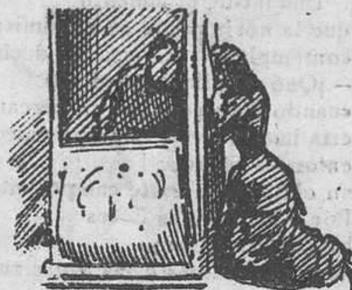


En domingo de Ramos
el que no estrena no tiene manos,
y el que no estrena pantalón de *Pesquera*,
ni sentido común siquiera.
Magdalena, 20.

ACTUALIDADES



Ahora van ust des
depués de respnsio
á comprar amisas
de *Arviza y Alonso*.
Plaza de Santo Domingo 18.



—No sé á qué me oléis, hermana.
—Padre, debo oler á heno.
—¡Pues es un olor muy bueno!
—¡Como que lo compró en la *Perfumería Americana*.
Espoz y Mina, 26.



—Para comer de vigilia
he llevado y llevaré
siempre á toda mi familia
á *Las Tullerías*.
—¿Eh?
Matute, 6.



Ya han pasado los días de penitencia,
y no tengo pecados en la conciencia,
y vuelvo á mi camita fuerte y templada
del Bazar de la plaza de la Cebada,
Número, 1.



—Dí, chico, ¿tú sabes si es pecado gozar en estos días?
—Sí señor.
—Pues ése es mi remordimiento, que yo fui á casa de *Tirso Pérez* á
sacarme una muela para mortificar la carne, y no sólo no la mortifi-
qué, sino que me gustó muchísimo.
Mayor, 73.



—Al morir en la cruz nuestro Reden-
tor, tembló la tierra, se oscureció el cielo
y se pararon los relojes.
—¡Porque no eran de *Brañas!*
Matute, 12.



—Yo hago de sayón en un monumento y
me he hecho un túnico de percalina.
—Pues vo llevo una camisa de *Martínez*,
que es mucho más elegante.
San Sebastián, 12.



—Niño, ¿que se debe hacer
al oír tocar á gloria?
—Pues beber
Cognac fino de Moguer,
que refresca la memoria.
Avansays.—Carmen, 10.



El año del MADRID CÓMICO
es sabroso, dulce, sano,
y de lo más económico
que puede hallar un cristiano.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50
año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellós de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO